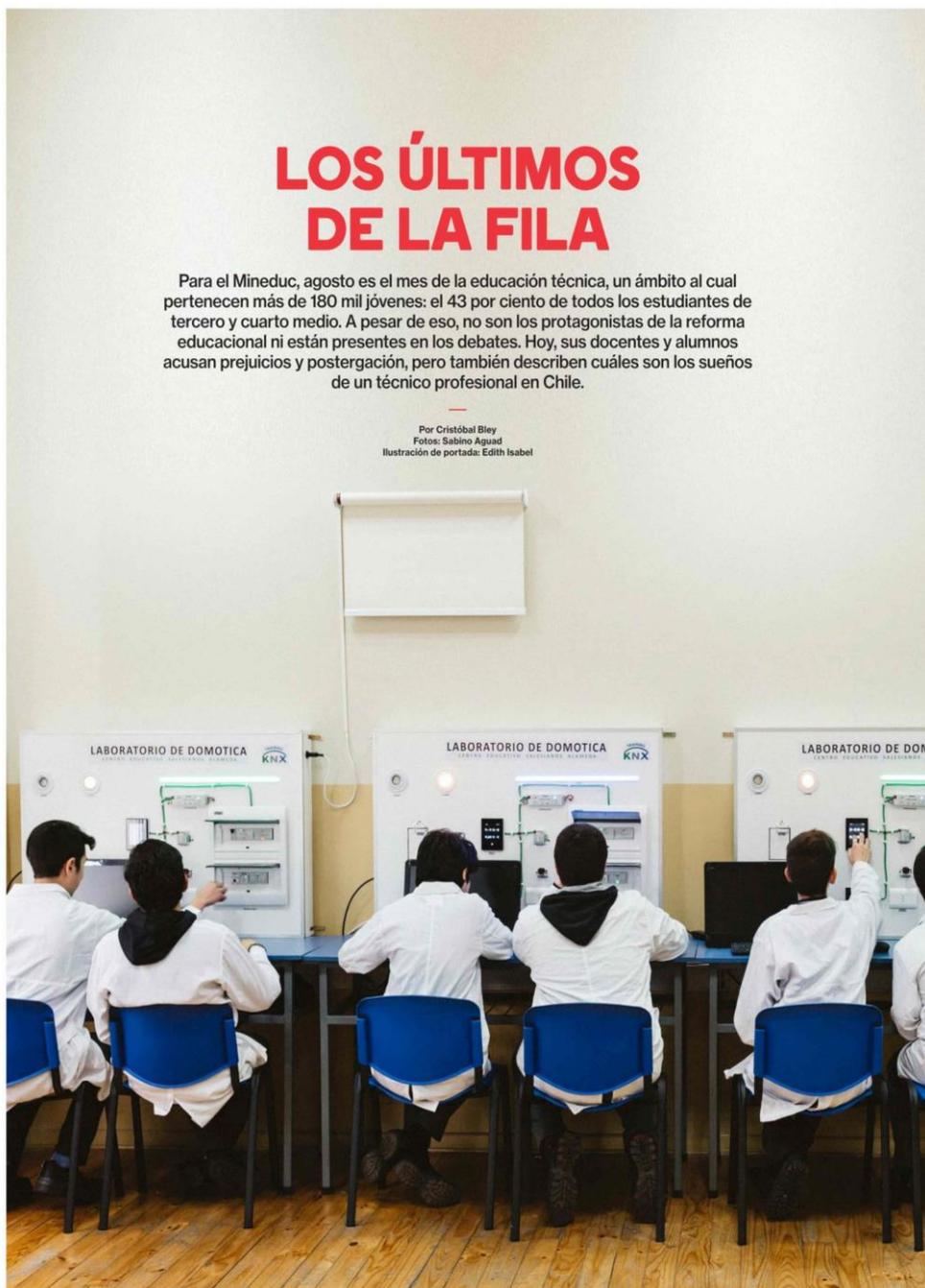


<b>Medio</b>	LA SEGUNDA - VIERNES
<b>Fecha</b>	05/08/2016
<b>Mención</b>	Los últimos de la fila. Habla Leandro Sepúlveda, académico Facultad de Educación UAH.



## UNA HISTORIA DESREGULADA

El primer antecedente de formación técnica en Chile se remonta a 1849, cuando el gobierno de Manuel Bulnes creó la Escuela de Artes y Oficios en Santiago. Décadas después, bajo la promoción de los gremios de agricultores e industriales, aparecieron las primeras escuelas "de instrucción especial", enfocadas en preparar a los alumnos para el trabajo. Pero desde entonces esos colegios funcionaron de manera paralela y desregulada, independiente de la enseñanza general y sin el amparo del ministerio de Educación.

Recién en 1942, un siglo después, durante los gobiernos radicales, apareció la Dirección General de Educación Profesional, que unificó a las instituciones de enseñanza técnica, y no fue hasta mediados de los sesenta que se generó el primer modelo de Enseñanza Media Técnico Profesional. En él, y con un currículum nacional, los estudiantes se especializaban durante los últimos cuatro años de colegio, con la posibilidad de insertarse al mundo laboral o de continuar sus estudios en las instituciones técnicas de nivel superior, como el Instituto Nacional de Capacitación (Inacap, creado por el Estado en 1965), o el Departamento Universitario Obrero Campesino (Duoc, fundado por la Universidad Católica en 1968).

A comienzos de los 80, en plena dictadura, comenzó un fuerte proceso de desregulación. Los colegios tuvieron completa libertad para definir programas de estudio, lo que, según el investigador Leandro Sepúlveda, derivó en un "crecimiento inorgánico de especialidades" –en 1990 se contabilizaron más de 500– con una multiplicidad de planes, muchos de estos sin vínculos entre sí. "desconectados de los requerimientos del mundo productivo". ¿Las consecuencias? Una deserción escolar que superaba el 50 por ciento, profesores sin conocimientos pedagógicos básicos y un bajo nivel educacional de los alumnos egresados.

Eso se intentó corregir en la reforma de 1998, que pretendió regular la EMT, potenciar su calidad y vincularla con las necesidades del mercado laboral. Lo que no evitó fue su precariedad, que en ámbitos generales aún se mantiene, con muchos liceos sin la infraestructura mínima necesaria y la ausencia de un sistema que mida la calidad de la enseñanza técnica.

"Es que el modelo de financiamiento tocó techo y no es representativo de las necesidades de los colegios y las comunidades educativas", dice Patricio Carrasco, de Educación 2020. "La EMT requiere un financiamiento específico que permita hacer vinculación con el medio, generar prácticas con los alumnos y seguir las trayectorias de los estudiantes. Requiere otra lógica y otro tipo de financiamiento acorde a las necesidades de estos liceos".

"Una educación técnica con los componentes básicos –equipos, infraestructura y cuerpo docente–, es también una educación exigente, incluso más cara, porque necesita más recursos y elementos en su proceso, y eso no necesariamente se da así", dice Leandro Sepúlveda, de la Universidad Alberto Hurtado. "Además, la alta concentración de jóvenes de sectores vulnerables la transforma en una educación para los pobres, y eso reproduce lógicas de desigualdad en la sociedad. Hay comunas en las que la EMT se entrega como última alternativa a los jóvenes que han sido desechados del sistema, como una especie de depositario de alumnos con escolaridades fallidas, pero sin que sea algo significativo para ellos".

## ESTUDIAR Y TRABAJAR: MODELO DE EMPRENDEDORES

El patio está vacío y Javier Pérez, alumno de mecánica en el Colegio Salesianos Alameda, explica: "Hasta los años noventa, aquí había un muro que separaba a los técnicos (TP) de los científico humanistas (CH). Si los TP estaban jugando a la pelota y se caía para el otro lado, la devolvían toda reventada. Había una segregación".

"Siempre se ha dicho que los CH saben más", continúa. "¡Obvio! Si tienen más horas teóricas. El que está en CH es el que tiene la capacidad de estar sentado estudiando pero también el que tiene las lucas para ir a la universidad". Javier está en cuarto medio, le quedan pocos meses para egresar, y aunque dará la PSU y su objetivo es seguir estudiando, sólo tiene una certeza: después del colegio se pondrá a trabajar.

"Yo creo que voy a tener que estudiar y trabajar para pagar mi carrera", dice. "No puedo depender de mis papás, y no por un tema de orgullo, sino porque si aprendo a hacer mis cosas yo solo, tendré otro sentido. Y podré cambiar mi realidad".

"Aquí nos están llegando cabros de clase media, que no es común que entren a un colegio técnico", dice María Soledad Robredo, directora del Mariano Egaña. Eso, según ella, porque el buen trabajo que hacen, los convenios que tienen con las empresas y la fuerte vinculación con la comunidad se proyecta hacia afuera. "Para que la educación técnica deje de ser la de los pobres", agrega, "tienen que haber colegios como este, con buena infraestructura e implementación. Eso hace que la gente con más recursos también mire para acá".

Mientras casi un tercio de los estudiantes de la educación media técnico profesional se pone a trabajar cuando egresa del colegio, un 45 por ciento continúa sus estudios: la gracia es que un porcentaje importante de ellos lo hace al mismo tiempo que trabaja para financiarse la carrera. "Eso es un recurso muy importante para poder desarrollar su proyecto de vida", cuenta Leandro Sepúlveda. "Los jóvenes lo dicen constantemente: tener una herramienta que les permita enfrentar la vida laboral y, al mismo tiempo, poder hacer frente a su aspiración de seguir estudiando es un logro de la EMT. La educación técnica permite ampliar horizontes a muchos jóvenes, que posiblemente, si es que no estuviesen ahí, serían desertores del sistema educacional".

El rector del Colegio Salesianos Alameda, Walter Oyarce, dice que las políticas públicas tienen postergada a la educación técnica. "Por eso, existe en el inconsciente colectivo de nuestro país esta idea de que para progresar socialmente yo tengo que ser universitario y no técnico, porque técnico es de segundo orden". Pero que incluso así, la formación técnico profesional, cuando está bien impartida, puede generar crecimientos y avances sociales notorios en sus estudiantes. Es el caso de los Salesianos, cuya tasa de titulación es cercana al 90 por ciento, muy alta comparada con el promedio de los colegios técnicos que, según el investigador Carlos Concha, también del CIDE, no llega al 60 por ciento.

"Nuestros alumnos son chiquillos altamente valorados en el mundo del trabajo, destacándose en las competencias blandas: proactividad, seguir instrucciones, puntualidad y responsabilidad. Y con la formación que el colegio te entrega, más la capacidad de emprendimiento que tú tengas, puedes desarrollarte y emprender en una actividad económica que te genere autonomía", dice Oyarce.

Justamente eso es lo que ocurrió con Cristian Cortés, ex alumno de los Salesianos –en ese tiempo, llamado Gratitud Nacional–, hoy de 40 años, que llegó en 1990 desde San Joaquín a especializarse en electromecánica.

“Mis papás tenían una imagen de que yo, con una carrera como esa, podía tener un taller en el barrio, reparar lavadoras o enceradoras. Que yendo a un colegio como este llegaría a tener mi propio negocio y ser como el vecino que arregla cosas. Ese era su sueño”.

Las expectativas de ese sueño se superaron largamente: Cristian, después de trabajar como independiente y hacer clases en su propio colegio, se asoció con un ex compañero de curso y hace cinco años formó su propia empresa, Mycing, de instalación y mantenimiento eléctrico. Tienen diez empleados y han llegado a contratar hasta 50 personas.

“Y no tuve que aprender ingeniería para poder hacer mi negocio”, dice. “Lo mismo nos sucede contratando gente. Nos pasa mucho que hablamos con técnicos profesionales, pero desde algunas instituciones superiores no vienen tan bien formados como uno quisiera. El estudiante de un colegio técnico para nosotros tiene mucho más valor porque es una persona joven, que puedes formar, y en algunos liceos salen con conocimientos bien sólidos. Nos agrada más la figura de los técnicos egresados de colegio que de instituciones superiores”.

### UNA POLÍTICA MÁS CLARA

En el Colegio Mariano Egaña, de Peñalolén, no es raro que las mujeres elijan la especialidad de mecánica, un área que tradicionalmente era casi exclusiva para los hombres. Para Katherina Bravo, más allá de ciertos prejuicios –“que no tenemos fuerza o que no sabemos de tuercas”–, no ha sido difícil: encontró rápidamente una prepráctica y hasta le ofrecieron contrato. Ella, convencida del camino que ha elegido, reflexiona sobre las barreras que impone el modelo educativo.

“Si yo salgo de un colegio científico humanista, no tengo nada, sólo el cuarto medio. En cambio, si el día de mañana no tengo la posibilidad de entrar a la universidad, voy a tener el título y poder desempeñarme igual en algo, tener un trabajo. ¿Por qué la educación técnica tiene que ser menos si hay más oportunidades?”.

“Hay juicios negativos sobre la educación técnica que son extremadamente injustos”, coincide Leandro Sepúlveda. “Uno es que la EMTP es de mala calidad, cuando no hay ningún antecedente objetivo que permita diagnosticarla así. El único criterio que se utiliza son los resultados Simce de segundo medio, siendo que por lo general a los liceos técnicos van los chicos con peores resultados académicos. Por lo tanto, se evalúa a la EMTP por la trayectoria previa de los jóvenes que

ingresan a ella. Si fueses consecuente, deberías decir que el problema es la segmentación. Hay un sistema de educación técnica al que derivan los jóvenes más pobres, con peores resultados y pronósticos académicos. Sin embargo, no puedo evaluar la calidad de la educación que reciben, porque habría que hacerlo con criterios técnicos, que no existen”.

En noviembre de 2015, un grupo de organizaciones civiles –entre las cuales estaban Fundación Chile, Educación 2020, la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios y la CUT– convocaron a estudiantes, docentes, familias y empleadores para elaborar propuestas que mejoren la educación TP en Chile, bajo el nombre de Mejora la Técnica. Antes del discurso presidencial del 21 de mayo de este año entregaron un documento con quince puntos “para cambiar la historia” de esta área de la formación.

El Ministerio de Educación definió a agosto como el mes de la educación técnica, y el día 26 la Presidenta Michelle Bachelet presentará la Política Nacional de Educación TP. Entre otras medidas, anunciará el inicio del Consejo Nacional de Formación Técnico Profesional, que definirá, según Marcela Arellano, secretaria ejecutiva de esta área en el Mineduc, “una estrategia y una mirada de largo plazo que nos diga cuál es el técnico que el país necesita, cuáles son las áreas de desarrollo que se requiere potenciar, y cómo eso se compatibiliza con los intereses que hoy tienen los jóvenes y los trabajadores”.

Estas políticas ayudarían a reducir el déficit de 600 mil técnicos que, según datos que entrega el ministerio, existe hoy en Chile. Una cifra de la cual Leandro Sepúlveda desconfía.

“Casi el 40 por ciento de la matrícula EMTP está en administración y comercio. ¿Es un problema de oferta o de demanda? Muchos establecimientos que ofrecen las especialidades de comercio lo hacen porque esa es la opción más barata. Hay una especie de círculo vicioso, y como no necesariamente los jóvenes eligen, sino que lo hacen sus familias, muchas veces no hay una opción vocacional. Entonces, cuando dicen: hay déficit de técnicos. Bueno, ¿de qué técnicos? ¿Vendedores en retail? No creo”.

“Es cierto, hay un abandono de la reflexión sobre la educación técnica, pero creo que hay un abandono de la educación media en general”, continúa Sepúlveda. “De ella se ha hablado y pensado poco en términos de política, salvo que hay que preparar la PSU. Cuando se observan los comportamientos de los jóvenes en la actualidad, se vuelve a replantear la pregunta: ¿cómo deberíamos formar a los jóvenes? ¿Cómo formamos a un joven para que sea feliz, autónomo, con iniciativa propia? Ese es un déficit en todo el sistema educacional chileno.”



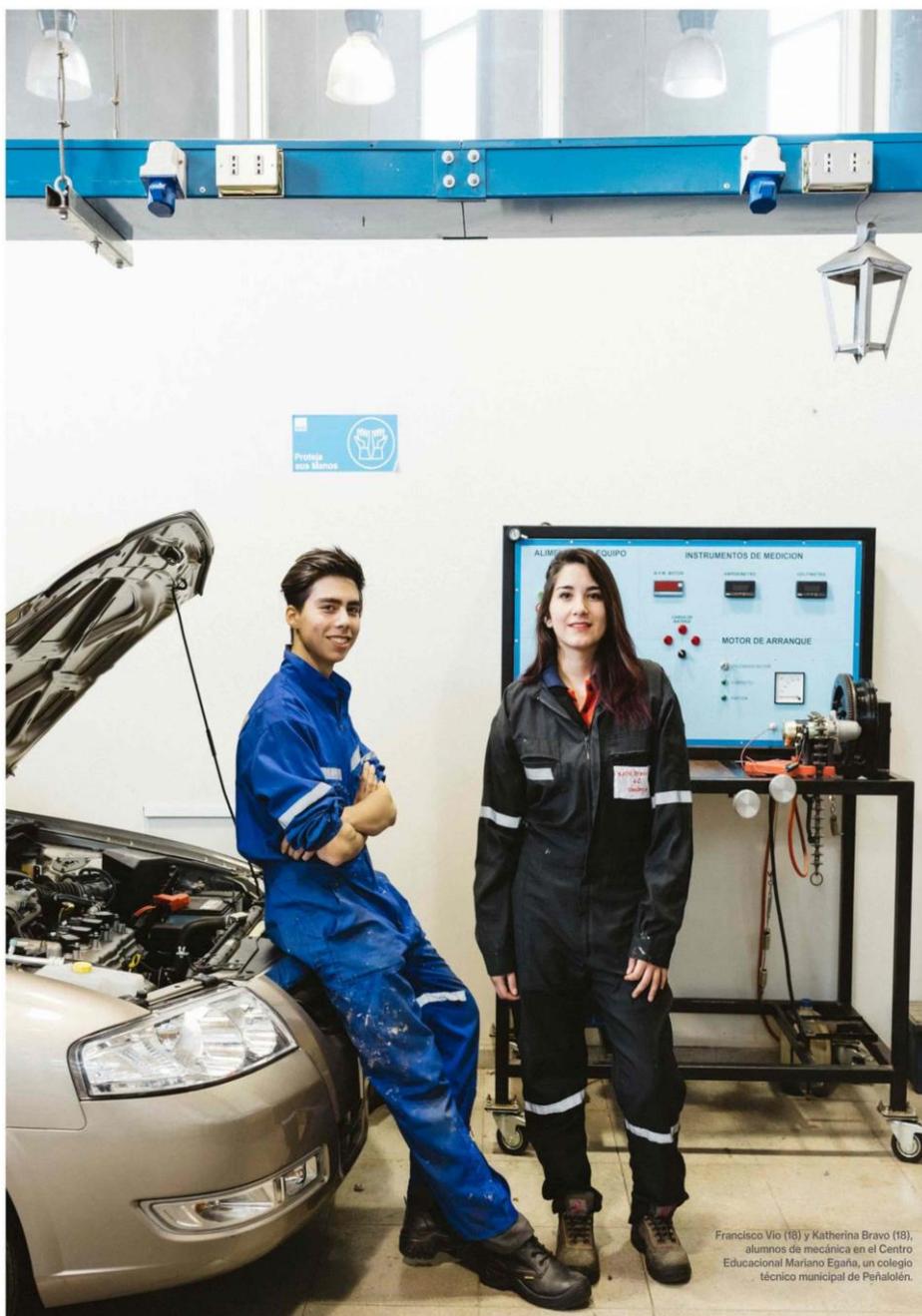
Cristian Cortés (40), ex alumno de los Salesianos, especializado en electricidad y dueño de su propia empresa.

viernes\_reporta

**“En Chile existe una especie de universititis, donde todo el mundo apuesta a que la universidad es el camino. Por eso, la educación técnica ha tenido poca relevancia, pensando que es un nivel de segunda clase”, dice Patricio Carrasco, investigador de Educación 2020.**



Javier Pérez (17), alumno de mecánica en el Colegio Salesianos Alameda, un liceo técnico particular subvencionado de Santiago Centro.



Francisco Vio (18) y Katherina Bravo (18),  
alumnos de mecánica en el Centro  
Educativo Mariano Egaña, un colegio  
técnico municipal de Peñalolén.

**“Si yo salgo de un colegio científico humanista, no tengo nada, sólo el cuarto medio. En cambio, si mañana no tengo la posibilidad de entrar a la universidad, voy a tener el título y poder desempeñarme igual en un trabajo”, dice Katherina Bravo, alumna del colegio Mariano Egaña.**